

para aspirar la sensacion voluptuosa y pura á la par que emanaba de la sultana Zayda Fatima.

Al fin, lanzando un hondo suspiro, que demostraba que su corazon, desecado por la ambicion, habia sido galbanizado un momento por la belleza, levantó mas el tapiz, y pasó y adelantó hasta colocarse muy cerca de la sultana, que no le sintió, porque la muelle alfombra de Persia habia apagado el ruido de las pisadas del infante.

Este se encargó de que la sultana reparase en él, poniendo sobre la mesa la acerada punta del hacha de armas, en cuya ancha cuchilla, manchada de sangre, aún fresca, reflejó fatídicamente la luz de la lámpara.

Este objeto siniestro fué lo primero que la infanta vió al levantar su vista de sobre el Koran, escitada por el ruido desapacible que habia producido al chocar sobre la mesa la terrible arma.

La sultana se incorporó, alzó su mirada, vió por completo al infante, y le reconoció.

XLII.

Pintóse en su semblante una expresion de altivez y de desprecio infinitos, y dijo con voz firme y severa:

—¿Y eres tú ese que llaman rey de Castilla?

—Yo soy.

—¿Por qué estás aquí?

—Por tí, sultana.

—¿Qué sangre es esa que tiñe tu hacha?

—La de tus guardas, contestó sombríamente el infante.

La sultana se incorporó mas.

—¿Con que no estás aquí por permiso de mi padre? dijo.

—Aquí me han traído mi valor, mi fortuna y tu belleza.

La infanta se puso gravemente de pié.

—¿Y qué quieres? preguntó.



LA BUENA MADRE.

¿Y eres tú ese que llaman rey de Castilla?

—Sígueme.

—¡Que te siga! contestó con un acento supremo, inmenso, la sultana; con una espresion tan universal, que en ella palpitaban el reproche, el desprecio, la protesta, el reto, la indignacion, cuantos nobles movimientos puede tomar el alma de un sér digno al sentir un incalificable ultraje.

—Si no me sigues de buen grado, me seguirás por fuerza, dijo el infante dando un paso hácia la sultana.

—¡Detente! dijo esta; no me toques; te sigo, pero ten en cuenta..... (y desnudó un pequeño y agudo puñal que tenia á la cintura) que en el momento en que tú ó uno de los tuyos se atreva á tocarme, me hiero.

El infante retrocedió como repelido por la sublime fuerza que emanaba de la altivez, de la mirada, del acento de la sultana.

—Al acometer alevosamente este palacio de mi padre, dijo la sultana, porque solo por alevosía tuya ó por traicion de mis esclavos has podido llegar hasta aquí, te has declarado enemigo de mi padre, y soy tu prisionera, en mala guerra, en una guerra digna de tí, avezado á las traiciones, acostumbrado al crimen y ennegrecido por la sangre inocente que ha salpicado los muros de Tarifa.

El infante rugió como un tigre irritado.

—¡Qué puede importarle al traidor y al asesino, exclamó profundamente conmovida por su irritacion Zayda Fatima, que le arrojen á la cara su alevosía, su infamia, su crimen! Silencio, don Juan, silencio. Una nueva traicion tuya me ha puesto sin defensa en tu poder: te adivino; necesitas tesoros por el rescate que de mí te dará mi padre; espéralos, pero respeta á la prenda de esos tesoros, porque si no, la prenda se destruirá á sí misma, y se habrán anegado en su sangre tus esperanzas.

—Yo te amo, sultana, exclamó el infante procurando dulcificar su acento áspero, frio, acerado; te he pedido á tu padre, que se ha enojado conmigo por la petition, y me he visto obligado á hacer lo que hago para no morir al rigor de mi desdicha.

—¡Amor! ¿tú amor? Es el amor una pasion harto sublime

para que puedas sentirla tú: ¡amor! ¡tú amor! tú no amas otra cosa que la sangre y la destrucción; tú no amas mas que los cadáveres, de los cuales pretendes hacerte una escala para subir á un trono horrible: ¡amor! ¡tú amor! ¡ha querido Dios, por ventura, que amen los lobos? Vé, marcha, ya te sigo.

Y la infanta, recogiendo un magnífico haique de cachemir á listas blancas, rojas y azules que estaba á los piés de los almohadones de donde se habia levantado, se envolvió en él.

—¡Ay de tí, sultana, dijo el feroz infante, si al atrevesar por las calles de tu ciudad, hasta llegar á su muralla, apellidas socorro!

—Vé, marcha, te sigo, dijo la sultana; toda resistencia sería inútil, y me entrego confiada en la misericordia de Dios á mi suerte: marcha, vé, guía.

Y la sultana sacó de debajo del haique un brazo, y le estendió con tal energía, que el infante, como dominado por un poder magnético, se puso en marcha.

Y así, él delante y ella detrás, salieron del apartamento, atravesaron la magnífica antecámara, llegaron al patio, y encontraron á los siete escuderos, entre los cuales estaba la jóven doncella á quien habian encontrado poco antes.

—Amina, mi pobre Amina, exclamó profundamente conmovida la sultana: ¡tú tambien! dejadla libre; ella no es hija de mi padre, y no puede servir de prenda.

—Atadla, tapadla la boca para que no pueda dar la alarma, y seguidme, dijo el infante.

Esta operacion fué hecha en un momento, y abandonada Amina en el solitario patio, el infante delante, provisto de la lámpara que habia dejado caer Amina, y que habian vuelto á encender los escuderos, desandaron el camino que habian traído, y entraron en el jardin.

La lluvia y el viento apagaron la lámpara; pero á pesar de la oscuridad, podia distinguirse el bulto de la sultana Zayda Fatima.

El infante temió se prevaliese de la sombra para evadirse, y se detuvo bruscamente.

La sultana adivinó su intento, y exclamó:

—Si uno de vosotros me toca, muero: sigue, don Juan, sigue, no temas que tu prisionera procure librarse de tí; la es imposible: sigue, Dios vela por ella.

El infante continuó su marcha buscando el postigo, que al fin encontró, mas que con la vista, con el tacto.

Salieron.

El infante replegó los escuderos que habia apostado á la entrada de la calleja que correspondia al postigo, y atravesó, seguido de la sultana, la plazuela irregular que se estendia delante del Palacio de los Mármoles.

Al ir á entrar por la calleja del centro, la infanta tropezó en un objeto abultado, y estuvo á punto de caer.

Era aquel objeto el cadáver del pobre enamorado que en tan mala hora habia entrado aquella noche en la plazuela.

—¡Oh, cuánta sangre cae sobre tu cabeza, don Juan! exclamó Zayda Fatima.

Y siguió al infante, que se habia aventurado por la calleja.

Detrás iban los veintiseis escuderos.

Ben-Tayde, delante del infante, guiaba en direccion al próximo muro de la puerta de Guadix, que debian ya haber escalado los otros cuatro escuderos que estaban fuera.

XLIII.

Ni una sola persona encontraron durante el camino.

Los granadinos dormian hartos ajenos de que un cristiano robaba á su señor su joya mas preciada.

Llegaron al fin al pequeño espacio descubierto por la ronda interior de la muralla.

Ben-Tayde silbó ténuemente.

Otro silbido ténue contestó en lo alto.

Se oyeron furtivos pasos que descendian por una escalera de.

las que de trecho en trecho conducian al alto andamio ó banqueta de las almenas.

—Y bien, Garcerán, dijo Ben-Tayde en voz baja á uno de los hombres que habia descendido: ¿tenemos seguro el momento? ¿Hace mucho que ha pasado la ronda de la guarda?

—Acaba de pasar, mojada y mohina, y no volverá tan pronto.

—¿Y la escala?

—Está asegurada á las almenas por la parte de afuera.

—Pues pronto, dijo el infante, que habia escuchado aquel breve diálogo; si no quieres que te obliguemos á seguirnos, síguenos, señora.

—Continúa, respondió Zayda Fatima.

Los cuatro que allí habian esperado á Ben-Tayde, el infante, la sultana y los restantes escuderos, subieron silenciosamente la escalera del adarve, y se vieron las sombras de los cinco primeros que se perdian por entre el claro de dos almenas.

El infante se detuvo junto á aquel claro.

—Y bien, dijo, señora, ¿no permitirás que yo te baje en mis brazos?

—No, contestó la infanta; mi puñal está en mi mano; abajo, al pié del muro, tus escuderos; yo descenderé.

Y con un valor superior á su sexo, la infanta puso el pié entre las dos almenas, se volvió, buscó á tientas la escala, encontró la primera traviesa, y descendió.

El infante temblaba avanzado entre las dos almenas, sacando la cabeza, en la que á ser de dia, se hubiera visto una expresion de espanto, y que pretendia esclarecer con su candente mirada la sombra para seguir el bulto de la infanta.

Cuando pasó un espacio de tiempo suficiente para que la infanta hubiese bajado, don Juan se volvió y bajó á su vez.

Tras él bajaron los otros veinticuatro.

La escala quedó abandonada.

Se habia puesto con mucho riesgo, y no era posible quitarla.

La marcha siguió, atravesando por el quebradísimo terreno, por el cual se estiende hoy el camino que conduce al Seminario del Sacro Monte.

A la media hora de marcha dieron en una profunda quebrada, en la cual habia una litera sostenida por dos mulas.

La infanta entró en la litera, y don Juan la cerró.

Desde aquel momento, la marcha fué apresurada.

Una hora despues, habiendo pasado por la falda del Cerro de Aynadamar, y atravesado el camino de Guadix por bajo de El Fargue, y llegado al pié de la vertiente del monte á una cueva abierta en un profundo barranco, don Juan y los suyos se armaron con lorigas, capacetes, adargas, ballestas, espadas y veneras de golfines.

Luego continuó, á través de la sierra, por hondos barrancos y por horrendos bordes de precipicios, la marcha, hasta el dia.

Entonces se embreñaron en un lugar solitario, y esperaron la noche.

La infanta no quiso comer.

Temió la diesen en la comida algo que la adormeciese, y declaró que no comeria mas que huevos frescos.

—¡Huevos frescos! murmuró el infante; ¿y cómo buscarlos en tierra de moros, en que nos tendria por sospechosos el primer montañés que nos encontrase? ¿cómo ir á las alquerías? Y bien; mañana al amanecer habremos llegado al Muradal; allí estamos en salvo, y encontraremos algunos bravos aventureros que tomar á sueldo. Dos dias de ayuno, no matan; adelante.

Y aquella noche, caminando á gran paso, atravesaron lo que les quedaba de tierra de Guadix y parte de la de Murcia, y al amanecer trepaban por las vertientes de la alta sierra del Muradal, frontera por aquella parte del reino de Castilla y del de Granada.

Habian hecho una marcha maravillosa, una marcha de gigantes.

Es verdad que el infante don Juan y sus escuderos eran hombres de hierro.

En el Muradal, habiendo tropezado el infante con los golfines, tomó á sueldo cuatro ginetes armados, que eran los mismos que hemos visto precediendo y siguiendo á la litera en los Cigarrales de Toledo.

XLIV.

Una vez en tierras de Castilla, la infanta comió huevos frescos, que tomaba por sí misma en las alquerías de los nidos de las gallinas, y leche que veía ordeñar.

Tres días despues, llegaron á la casa fuerte de los Cigarrales de Toledo.

Hé aquí que la dama mora que hemos presentado en el retrete árabe de la casa fuerte de los Cigarrales, era la sultana Zayda Fatima.

CAPITULO VIII.

DE CÓMO ESCAPÓ ZAYDA FATIMA DE LA CASA FUERTE DEL INFANTE DON JUAN.

I.

Conocia la infanta la historia de don Juan, aunque personalmente no le habia conocido hasta el dia de la fiesta de las buenas hadas de su hermano el infante Ismail.

Su padre se la habia contado.

La sultana, con una perspicacia que hubiera podido llamarse presentimiento, habia dicho á su padre:

—¿Y para qué tienes en tu reino á un tan mal caballero? Haz con él lo que hubiera hecho tu enemigo el rey de Marruecos: mátale; á los animales feroces y astutos se les debe matar donde quiera se les encuentre.

Si Mojammet-ben-Nazar-el-Ansarí hubiera escuchado el consejo de su hija, hubiera ahorrado muchas desgracias futuras para sí, para la noble reina doña María y para los reinos de Castilla.

El rey Mojammet veia al infante á través de la política, y